

Saint-John<sup>1</sup> de la avaricia de que se había acusado al célebre Marlborough<sup>2</sup>, y se citaban rasgos sobre los cuales se pedía el testimonio de lord Saint-John, que había sido su enemigo : « Era tan grande hombre, contestó, que he olvidado si tenía defectos. »

### § XII. ORDEN, ECONOMÍA, PREVISION.

Si quereis ser ricos, no aprendais solamente el modo de ganar; sabed tambien cómo se ahorra :

Tres ventajas tiene el orden : ayuda á la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas :

Sin economía no hay grandes riquezas ; con ella no las hay pequeñas :

Una cosa inútil es siempre muy cara aunque haya costado poco :

Quien no tiene mania de comprar, tiene una renta :

Cuidad de no perder las monedas pequeñas de plata, porque las de oro se guardarán por sí mismas. (*Autores varios.*)

Mientras sois jóvenes y fuertes, ahorrad para la ancianidad y las enfermedades. (*Moral popular.*)

#### Los dos pródigos.

Gastando con exceso, nos atraemos las burlas de los que creemos deslumbrar y arruinándonos hacemos que se rían de nosotros. Dos pródigos disputaban sobre quién de los dos gastaría mas desatinadamente, y una persona sensata que les oyó, dijo : « Me parece que se hacen cumplidos á la puerta del hospital, invitándose mutuamente á entrar el primero. »

#### Las dos bugías.

Un hijo preguntaba á su padre, que había llegado á ser muy rico : « ¿Cómo habeis hecho, padre, para reunir tanta

1. Hombre de Estado inglés, que vivía á principio del siglo XVIII.

2. Juan Churchill, duque de Marlborough, célebre general inglés; falleció en 1722.

fortuna? A mí, á pesar de lo que me habeis dado al casarme, me cuesta trabajo llegar de un año á otro. » — « Es muy fácil, contestó su padre apagando una de las dos bugías que los alumbraban ; no hay mas que contentarse con lo necesario y no encender sino una bugía cuando no se necesitan dos. »

#### El alfiler.

Toda la ambicion de Laffitte<sup>1</sup> cuando llegó á Paris en 1788, se cifraba en conseguir un modesto empleo en una casa de banca. Presentóse en casa de Perregaux, rico banquero, y el jóven forastero, tímido, pobre y turbado, fué introducido en el gabinete de dicho señor y le manifestó sus deseos. « No me es posible admitirle á V., al ménos por ahora, dijo Perregaux ; todos los empleos están ocupados. Mas tarde, si necesito alguno, pensaré en V., pero le aconsejo que busque en otra parte, porque no creo que haya plaza vacante en mucho tiempo. »

Despedido así, el pretendiente saludó y se retiró. Al pasar por el patio, triste y cabizbajo, vió un alfiler en el suelo, le cogió y le clavó en la solapa de su levita. Muy léjos estaba de creer que aquella accion maquinaal había de decidir de su porvenir.

Perregaux, que estaba de pié al lado de la ventana de su gabinete, había seguido con la vista al jóven ; el banquero era uno de esos observadores que conocen el valor de las cosas mas ínfimas y juzgan del carácter de los hombres por esos detalles fútiles en apariencia y sin consecuencias para el vulgo. Había visto recoger el alfiler, y aquel rasgo le agradó ; tan sencillo movimiento le revelaba todo un carácter, pues era una garantía de orden y economía.

Aquella misma noche recibió Laffitte una carta de Perregaux en que le decía : « Un empleo espera á V. en mis oficinas ; puede venir á desempeñarle desde mañana. »

1. Célebre banquero y hombre político. Nació en Bayona en 1767, y murió en Paris en 1844.

No se engañó el banquero; el joven del alfiler poseía todas las cualidades necesarias y aun mas de las que sospechaba; no tardó en llegar á ser cajero, despues socio, luego dueño de la primera casa de comercio de Paris, mas tarde diputado y hombre de Estado muy influyente, y por último, presidente del Consejo de ministros<sup>1</sup>.

Lo que no habia previsto sin duda Perregaux era que la mano que recogia un alfiler era una mano generosa hasta la prodigalidad cuando se trataba de hacer bien; una mano siempre abierta y pronta á derramar el oro para socorrer las desdichas en la honradez. Nunca fué mejor empleada la riqueza, ni nadie como él hizo tan buen uso de ella.

#### La madre de Napoleon.

Leticia Ramilioni, madre de Napoleon, que falleció en Roma de ochenta y ocho años de edad<sup>2</sup>, era sumamente económica por espíritu de prevision. Cuando la prosperidad de su familia, estaba en su apogeo, se la oia decir: « Todo esto puede acabar un dia, y entónces, ¿ qué será de mis hijos, cuya imprudente generosidad no mira nada, ni atras ni adelante, al dar á manos llenas? Entónces me encontrarán, pues mas vale que recurran á su madre que á los extraños. »

#### La caja de ahorros.

La caja de ahorros es un establecimiento que recibe las módicas economías y las devuelve, segun la voluntad de los imponentes, con los intereses acumulados.

Las cajas de ahorros evitan los apuros, la miseria y la pobreza;

Dan energía, inspiran amor al trabajo y á las buenas costumbres, y destierran la holgazanería;

Apartan de la senda de los vicios;

<sup>1</sup>. Noviembre de 1830 á marzo de 1831.      <sup>2</sup>. En 1836.

Son extremadamente útiles á los hombres activos, prudentes y laboriosos, que pueden colocar en ellas una parte de lo que ganan y retirar aquel dinero cuando lo necesitan.

Cuarenta céntimos ahorrados todos los dias y colocados en la caja de ahorros, producen 10,000 francos al cabo de treinta años.

#### Los dos obreros.

Félix, tejedor de seda en Lyon, visitaba un dia una de las salas del hospital general.

Se enteraba de cómo estaban cuidados los enfermos, si les daban buenos alimentos, y si se les trataba con dulzura, porque muchas veces la bondad hace mas efecto que los remedios. En esto llegan á su oido algunos ayes, y se acerca á la cama de donde salian; despues de hablar algunos instantes con el enfermo, cree conocerle y acordarse de que es un compañero con quien habia trabajado hacia veinte años. « No es posible, exclama; ¡ cómo! ¿ Eres tú mi antiguo compañero, tan activo y trabajador? ¿ Y yo te encuentro despues de tantos años en este triste asilo? No, no quiero dejarte aquí; te llevaré á mi casa, y se te cuidará en ella como conviene. » En efecto, le hizo transportar á una casita de campo que habitaba, y buscó una enfermera para que le cuidase. Al cabo de pocos dias, el enfermo comenzó á recuperar algunas fuerzas, y Félix, que le visitaba á menudo, le animaba y trataba de inspirarle valor. Al fin se atrevió una vez á preguntarle por qué causa le habia encontrado en situacion tan desgraciada: « ¿ Qué te ha sucedido desde que pasamos juntos nuestros primeros años? — No quiero ocultarte nada, respondió Antonio. Mi padre, militar retirado, no obró como el tuyo, que era un artesano honrado; ni me envió á la escuela primaria, ni me puso á aprender un buen oficio; de modo que habiendo sido algo descuidada mi educacion, adquirí malas costumbres, me disgusté del trabajo y frecuenté

malas compañías. Véaseme por todas partes con mis nuevos amigos en las tabernas, en las casas de juego y en los espectáculos. En lugar de economizar, contraí deudas, hasta que fui preso y conducido á la cárcel. Mis acreedores se cansaron de pagar mis alimentos, y me devolvieron la libertad. Pero, ¿qué hacer? No teniendo con qué pagar una habitación, erraba sin asilo en las calles por la noche. Consumido de pesar y de las privaciones que sufría de todo género, me atacó una fiebre violenta y entré en este hospital, donde he tenido la dicha de encontrarte. Y tú, amigo mio, ¿cómo has hecho para procurarte una casa tan bonita? ¿Has heredado, ó te ha salido bien algun negocio?

— Ni lo uno ni lo otro, contestó Félix; lo que he hecho ha sido emplear los medios que están al alcance de todo el mundo: tú hubieras podido hacer lo mismo. Es un secreto que te puedo enseñar y consiste en esto: Como yo era buen operario, ganaba cuatro pesetas diarias; dos bastaban para alimentarme y vestirme, y por tanto ahorra-  
raba otras dos; como trabajaba los lunes, todas las semanas depositaba 12 pesetas en la caja de ahorros, lo que sumaba 600 pesetas al año. Continué ahorrando esa suma por espacio de veinte años, y acumulándose el capital y los intereses, poseo hoy unas 20,000 pesetas. Me he casado y he comprado esta casita, donde vivo tan feliz como puedo serlo con mis dos hijos. Aun podemos trabajar mi mujer y yo algun tiempo, y educar como es debido nuestros hijos.

— ¡Ay de mí! dijo Antonio, que habia escuchado atentamente este relato; yo he hecho todo lo contrario. En vez de economizar, gastaba el producto de mis jornales en diversiones. Los lunes, y muchas veces los martes, holgaba, y me costaba sumo trabajo volver á la tarea. Los espectáculos, las tabernas, el juego y el tabaco absorbían las dos terceras partes de lo que ganaba; y al cabo de la semana no tenia mas que pesares y remordimientos. ¡Me faltó la fuerza para romper con mis funestas costumbres y seguir otra vida mas regular!

— Ya veo, dijo Félix, que has seguido el camino mas triste y desgraciado. ¿A dónde te han conducido esos falaces placeres? A la cárcel y al hospital. No está todo perdido, puesto que has encontrado un amigo, y como estás achacoso é incapaz para trabajar, te quedarás en mi casa y concluirás tranquilamente tus días á mi lado.

— ¡Gracias, amigo mio! acepto de todo corazón, aunque la miseria y los sufrimientos que han debilitado mi cuerpo no permitirán aprovecharme largo tiempo de tu generosidad. ¡Puedan al ménos, tu ejemplo y el mio, servir de escarmiento á los jóvenes que principian su carrera! »